

vas dificultades, y de que era verdad que había con el General Cuesta un escuadron de su Cuerpo, mudaron de plan y de direccion, encaminándose á Castilla buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tardía, y rodeada su marcha, para no topar con franceses; y no pudieron llegar á los reales españoles hasta despues de las jornadas de Cabezon y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca. Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el General en Jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí el escuadron de Guardias, compuesto de los destacamentos que habian acompañado á la familia Real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres mandados por el Exento Marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habian peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien despues de muchos peligros, arriba á los hogares domésticos; que en aquella guerra santa y pura, eran para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra-Morena la gloriosa batalla de Bailén, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el General Castaños; y en esta marcha combatió D. Ángel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entónces á un escuadron de Guardias de la division que mandaba el Conde de Gante, marchó con ella á Logroño, que fué atacado á los pocos dias por tropas francesas. Los Guardias hicieron entónces importantes servicios, y las orillas del Ebro los vieron combatir con

tanta bizarría, como los habian visto las márgenes del Órbigo y las llanuras de Leon. D. Ángel compartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco despues, dada nueva organizacion al ejército, á reunirse con otro escuadron del mismo Cuerpo, que se había reorganizado en Madrid, y que formando parte de la reserva en la desgraciada jornada de Tudela, fué maltratadísimo en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el Duque su caballo, y recibió una fuerte contusion, teniendo que hacer la penosa marcha de la retirada, á las ancas del caballo de su hermano D. Ángel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Ángel el caballo muy mal herido. Perdió Madrid, hizo la retirada á Cuenca, y despues del desastre de Uclés, en que se halló como ordenanza del General en Jefe, marchó con su escuadron á la Mancha. Pero adoleció gravemente el Duque, de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano á la ciudad de Córdoba, donde tenian á su Madre. Restablecióse el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su Cuerpo, pelearon con él en la memorable batalla de Talavera. Regresó á la Mancha el escuadron, cuyo mando habia recaído en el Duque, y formó parte de la division de caballería que mandaba el General Bernuy, la cual despues de sorprender y arrollar impetuosamente á los enemigos en Camiñas, Madrideojos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas, y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo en tal manera, que se pronunció en completo des-

orden abandonando la artillería. Pero el Duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadron, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Ángel y otros valientes, logró restablecer el orden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas, de que era ya casi dueño el enemigo.

Despues de otras correrías por la Mancha, retiróse la division á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Aréizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábasele á nuestro D. Ángel en esta campaña más graves peligros y más lastimosos desastres, que los que hasta entónces había corrido y presenciado. Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la division de Bernuy sobre Antígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas, mandadas por el general Paris. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la division, rehaciéndose y volviendo cara tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza.

Tuvo D. Ángel herido el caballo, desde los primeros momentos de aquella accion tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible denuedo, cuerpo á cuerpo y á cuchilladas, con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza, y una profunda estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y

pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos, entre el humo y la confusion de la peléa, le había visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando le vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podía atravesar.

Cerró triste y negra la noche; los nuestros, en confuso desorden, se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército; y los franceses, con pérdida de su General, se replegaron sobre Antígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunía el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadron, y á la siniestra luz de un hacha de viento, pasaba lista para cerciorarsé de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperacion, y nadie respondía. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hicieronlo así varios, que amaban mucho á su Comandante, y que conocian toda la intensidad de su gran dolor; pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al jóven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí D. Ángel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oía en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque había sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos, á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. Á pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la oscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre, que llevaba detrás de sí

un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos lábios le hemos oído alguna vez. Llamábase Buendía, y había venido al campo á recoger despojos. Acercándose, y enterado de quién era el herido, con gran trabajo le levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, le condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para éste cabida. Buendía consiguió, á fuerza de ruegos, que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros, y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadrón vivaqueaba el Duque. Voló éste á abrazar á su hermano, después de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer casi á la fuerza un cirujano del hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frío de la noche, contrayendo las heridas y coagulando la sangre, había contenido la pérdida de ésta; pero al calor del lecho y de una atmósfera más templada, sobrevino una espantosa hemorragia. No halló el cirujano otra cosa que recetarle que la Extremaunción, y salió á prestar sus auxilios á quienes pudiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Duque, demandaba en vano otro facultativo, y las gentes de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y dió muy buenas esperanzas.

En esto, amanecía; los tambores batían generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país, para alejarle de allí con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba

con no ménos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más descuidado adonde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julian Poveda, y al guardia Mendinueta, que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oírse á su espalda el gran rumor de la espantosa batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque, ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infausta nueva de aquella infelicísima jornada. Los siete guardias heridos, que iban en compañía de D. Ángel, uno tras otro se habían ido muriendo por el camino: sólo él continuaba firme y animoso en situación tan horrible. La confusión crecía por momentos. Poveda y Mendinueta entraron con él en el carro, para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso á poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitados, y ya perseguidos. Al anoecer aparecieron los franceses deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Poveda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heroica resolución, mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Poveda de Daimiel, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real, y á seguir á campo-traviesa la dirección de aquella villa. La misma confusión favoreció sus intentos, y después de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al

amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. Á su estada en aquel pueblo compuso despues aquel bello romance que empieza:

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,

que anda impreso en sus poesías, y saben muchos de memoria. Pasó allí tres dias, prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montizon, regresó Mendinueta en busca de sus estandartes á meterse en nuevos peligros, y á anunciar al Duque que su hermano quedaba en salvo, y despues de once dias de penosísimo viaje, llegó Poveda con el herido á Baeza.

Logró en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte dias hallóse muy repuesto, ménos de la lanzada en el pecho, y otra en la cadera, que le tuvo cojo algunos años; y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la Duquesa su Madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino; y en las calles fué detenido varias veces su caruaje, por la muchedumbre, que se agolpaba á verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre, temiesen los facultativos, que á la larga, produjesen algun funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra-Morena, y se der-

ramaron por Andalucía. Retiróse D. Ángel con su Madre á Málaga: detúvole allí arbitrariamente Abello, que había sublevado la poblacion contra las autoridades legítimas, só pretexto de defenderla: entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y despues de perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su affigida Madre, disfrazados ambos y faltos absolutamente de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. Sacólos de esta angustiadísimá posicion un oficial español, pasado á los franceses, que algunos meses ántes había estado en Córdoba, alojado y obsequiado en la opulenta casa de los entónces ocultos y desvalidos. Este hombre generoso los descubrió por una casualidad, y facilitó á D. Ángel y á la affigida Duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, adonde llegaron felizmente.

Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadron de Guardias. La Regencia del Reino, instalada en la isla de Leon, y presidida por el General Castaños, colmó á Don Ángel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de Capitan de caballería ligera, quedando agregado al Cuerpo de Guardias, y otra vez á las órdenes de su hermano; y formado á poco por el General Blake el Estado Mayor de los ejércitos, entró D. Ángel como adicto, en el Estado Mayor general, que se estableció cerca del Gobierno, y tres meses despues con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa había sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña.

Había ciertamente en los trabajos de la guerra, de sobra con qué absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La dirección belicosa que debían haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones, los temores continuos, los frecuentes reveses, las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podían dejar á los vuelos de la imaginación y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingenio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Ángel no había dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, ó los variados cuadros, que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía.

El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva; la otra, fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables, sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazón sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas; para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe, y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y después de mirar, pinta.

D. Ángel Saavedra, primero que militar, había nacido entusiasta, porque había nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentía, pintar lo que miraba. No había dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entonces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfección; era la del estudio, la del progreso. Las artes

son también una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza, saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio, la lucha no es el triunfo, y también en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas, que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podía hacer entonces obras maestras; pero sus producciones mantenían y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entonces una oda al alzamiento de la Nación española, otras piezas líricas que se imprimieron después entre sus poesías; y canciones patrióticas, versos de circunstancias, que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y también en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podía, ya haciendo lijeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares, ó de vistas y paisajes; todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animación y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, le hicieron singularmente apreciado en el Estado Mayor, en que sus jefes le encomendaron el negociado de topografía ó historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno, le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entonces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al Gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la Independencia, que habrán desaparecido, ó yacerán sepultados en algún archivo. Publicó una defensa larga y razonada del Estado Mayor, contes-

tando á un folleto que apareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias Exposiciones y Memorias al Gobierno sobre la organizacion del Cuerpo, y fué redactor y Director del periódico militar del Estado Mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptación en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entónces contrajo con el Conde de Noroña, Gobernador de Cádiz, con Don Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con D. Manuel José Quintana, D. Juan Bautista de Arriaza, con Don Francisco Martínez de la Rosa y con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasión por la poesía, haciéndole progresar cada día, sinó en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevía á lanzarse entónces, sí en la corrección y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificación, en la profundidad y elevación de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes el PASO HONROSO, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leído y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinación al dibujo, no sólo ejecutaba planos y croquis por obligación de su empléo, sinó que concurría todas las noches á la Academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo, y á copiar algunas buenas estampas de la escogida colección que aquel establecimiento posee.

Nuestro D. Ángel había nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no había nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberración en el destino de su vida la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolución debía

lanzar á todos de su órbita, y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido para los talentos de esta época el génio malo que los ha perdido; el epidémico influjo, que ha tenido por largos años paralizadas y en postración sus fuerzas más vitales; que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo.

Afortunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas han dejado á ese funesto meteoro marchar solo; y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presunción. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustración estaban preocupados de los sentimientos, que habían despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías, que la revolución francesa había esparcido en la sociedad.

D. Ángel había respirado el aire de guerra de los campamentos: respiraba ahora la atmósfera política de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida; y sin apercibirlo él mismo, la revolución se inoculaba en sus venas. Había mirado la independencia como el mayor bien de su Patria, y la vuelta de Fernando al Trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneración y ventura. Pero tras de los nombres y los sentimientos de Monarquía é Independencia, habían venido los nombres y las esperanzas de Constitución y de Libertad. Creía, como

todos, que los Gobiernos que se habian sucedido desde el alzamiento, eran la causa de los desastres de la duracion de aquella guerra desoladora. *Las Córtes* era la palabra mágica, que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que se lamentaban: D. Ángel participó naturalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunion. Las sesiones de aquel Congreso, á que asistia constantemente, fueron su primer escuela de política. La ardiente fantasía del Poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunales. Todo lo que se le figuraba reformas, merecía sus aplausos; y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal.

Las doctrinas políticas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto en que empiezan, y cuando tienen una esfera reducida de accion. Cádiz fué entónces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro D. Ángel. Varios versos satíricos, y algunos artículos, que publicó en el *Redactor General*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitucion del año 1812 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los dias de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró despues en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la Nacion española, se burlaría tal vez hoy, si pasara la vista por producciones, que le inspiraron sus primeros amores con la revolucion y con la libertad.

Mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, habia compuesto á su primera amada.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascendido á Ayudante primero de Estado Mayor (Teniente Coronel efectivo), desempeñó varias comisiones importantes: se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de orden de la Regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la peléa, ántes que á atender el inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el Gobierno en algunos recelos del General Ballesteros, pasó á su cuartel general comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando levantado el sitio de Cádiz, y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la division del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer al lord Wellington por General en Jefe de los ejércitos españoles, envió la Regencia á D. Ángel con plenas facultades para atajar aquel desórden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperacion y consejo, el General Echávarri reasumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen órden la division, despues de deponer al General, y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurreccion.

La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuacion inmediata de la Península. D. Ángel pretendió ser destinado á la seccion de Estado Mayor, que servía á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho, que le hacia arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva. Fué á poco comisionado á Córdoba;

y recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideración de Teniente Coronel, que por su empleo le correspondía.

Á la vuelta del Rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitucion de Cádiz, tuvo D. Ángel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo habia temido. Léjos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública córte sus servicios militares, y concedió á D. Ángel el empleo de Coronel efectivo de caballería, con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ócios de la paz, y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito, aunque extravagante Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos, y con el poeta D. Manuel María de Arjona avivaban su afición á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigian sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibian saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Ángel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance, que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura.....
Y en demonio, siendo Ángel,
Tu torpe sandez te muda.»

Empero esta dirección, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro Poeta, contribuía no ménos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entónces flores, que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo que ménos podían temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy léjos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido, con más razon y con pretensiones más modestas, llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso despues del siglo de decadencia, en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al Trono de Castilla.

Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas. Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de Leon, de Villegas, de los Argensolas, de Herrera y de Rioja. Pero demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podía haber, sin extravío, novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, — por muy reconciliados que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, — que era algun tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo, la literatura que recomendaban por modelo.

Nunca había sido muy original, muy profunda, ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Léjos de tener el carácter de espontaneidad, que debía darle aquel clima tan poético de suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habían cerrado los ojos—y no sabemos si el corazón,—á las bellezas de aquella naturaleza, grande, magnífica todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos. Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasión y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza, y de sus escenas, y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora y las plateadas linfas de los ríos, los jazmines y las rosas de sus campos son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones.

Los poetas del Guadalquivir no habían bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habían extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra-Morena, ó de las perpétuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habían inspirado con la impresión honda y melancólica de aquellas llanuras, que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo, sin celajes, como sin nubes. Jamás habían evocado las sombras de las generaciones, que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habían oído las voces, que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistado-

res godos. Jamás habían reflejado en sus amanerados versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad, que hasta el pueblo,—más poeta allí que sus poetas,—exhala en sus *romances*, en sus *cañas* y en sus *playeras*. La historia, en sus diversos períodos, no les había dicho nada.

Los conquistadores del Nuevo Mundo no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos ríos, más grandes todavía, ni en los palacios de Motezuma y de los hijos del Sol. La Religión, que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no había hablado al corazón de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la Mitología escuchando las alabanzas de aquel, que en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la Virgen del Rosario.

Toda la poesía española se había resentido del carácter académico de la imitación clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional; los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los siglos y las generaciones las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros; y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heroicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estilo las Vénus y los Cupidos, Palas Atenéa, y el Bistónio Marte, habíanse creído igualmente triviales y

no á propósito para calzar el alto coturno poético, los asuntos que en ellos habian sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las *liras* del verso endecasílabo no podian prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas, ni emanciparse del yugo de la imitación pagana. Los mismos poetas, que poco há mencionamos, y que tanto ensancharon el campo, y con tan nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia; y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas; y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposicion tal vez con sus ejemplos.

D. Ángel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de Ninfas y de Faunos, la historia de los siglos medios, pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó de las repúblicas griegas; tal era el fondo de la poesía que había cultivado, tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. Á fines de 1813 había publicado un tomo de poesías, que tuvieron entónces bastante voga; pero que no son leídas hoy. D. Ángel añadía un volúmen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, á los muchos que habian salido. Era una maceta más en el recortado jardín de la literatura imitativa y convencional; eran plantas de estufa, sin calor propio, sin raíces en la tierra, y D. Ángel Saavedra había nacido para ser árbol pomposo y lozano, al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiracion y fantasia.

Su inclinacion le arrastraba á escribir para el teatro, y

en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. Á fines del año 1814 compuso la tragedia *Ataulfo*, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle, un contratiempo que podia lisonjear su amor propio; y dió á poco otra tragedia titulada *Aliatar*, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intencion y detenimiento, y versificadas con más correccion y esmero. Siguió á estas *Doña Blanca*, aplaudida tambien, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, *El Duque de Aquitania*, descolorida imitación del Orestes de Alfieri; y *Maleck-Adhel*, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofia. Con estas dos tragedias, con el *Paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda edicion de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y correccion de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entónces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, enmedio de la incorreccion de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Ángel, hacia grande aprecio de sus versos y de su talento ¹.

¹ Hé aquí un soneto en que le daba los días aquel año:

Tú á quien afable concedió el Destino,
Digna ofrenda á tu ingenio soberano,
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,
Vibrando el plectro, y animando el lino,
Logras, Saavedra, con dichosa mano
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.